

CUANDO CONOCI A RODRIGUEZ-MOÑINO



UE muy avanzado ya el primer tercio del siglo XX. Cerca de 1921; pero era todavía Badajoz un Badajoz neo-romántico, amurallado, prócer, pueblerino y recoleto. Guardado, custodiado y ceñido por sus bastiones, torres, puertas y murallas, presentaba el perfil romántico y encantador de su prestigio militar y fronterizo. Todo entonces era en él íntimo y señorial con el perfil gracioso y delicado de las pequeñas cosas. Cosas éstas íntimas de una ciudad pequeña y distinguida, cuyos ecos resonaban en el ámbito de su devenir tranquilo y cotidiano, como en el interior de una sonora caracola...

Badajoz pues, era entonces fino, íntimo y provinciano.

Todo el mundo se conocía y saludaba en el campo de San Juan y en la plaza de San Francisco.

Los tranvías venían desde la estación de ferrocarril tirados por troncos de mulas sobre raíles, que terminaban en la calle del Obispo. En San Juan había aguaduchos para vender horchatas y refrescos. Y en el amplio paseo de San Francisco daba conciertos zarzueleros jueves y domingos la banda municipal, mientras el «todo Badajoz», chicas y chicos luciendo sus mejores galas daban vueltas y más vueltas a una «noria» sin fin. Otros días, generalmente domingos y días de fiesta, era el Paseo de Castelar, únicos jardines por entonces, el campo de sus expansiones juveniles.

Tenía un teatro de delicado empaque y sabor isabelino con palcos y plateas decorados en rojo terciopelo que era de una fina elegancia.

Tres cafés, de graciosa decoración, llenos siempre de público, «su público» El *Mercantil*, La *Estrella* y El *Mundial*...

El *Mercantil* a la entrada de la calle de San Juan, con su techo donde en buena pintura y de una manera simbólica, estaban representadas las cinco partes del mundo en figuras de mujeres hermosas. El de La *Estrella*, con sus lunas venecianas y sus grandes divanes de terciopelo rojo a todo lo largo de las paredes, donde siempre tocaba un cuarteto o sexteto música clásica, y donde se reunían los jóvenes amantes de las letras, poetas, pintores, literatos, periodistas en reunión de tarde, tertulia bastante bulliciosa en torno al vaso de café. Ese buen café que al decir de los entendidos sólo se tomaba en Badajoz... Y El *Mundial* de la Plaza de San Juan, lleno de lacas y japerías y de falsos marfiles y dorados.

Pues bien, en aquel Badajoz, que celebraba Juegos Florales, tenía Ateneo literario, había batalla de flores por la feria, y compañía de Zarzuela todos los inviernos en el elegante coliseo isabelino de la Plaza de Minayo, conocí por aquella época siendo estudiante en el Instituto de Segunda Enseñanza, a Antonio Rodríguez-Moñino. Yo estudiaba el último año del Bachillerato; él, Antonio, estudiaba el quinto año. Iba a la tertulia nuestra muchas tardes y ya por sus preguntas y la inquisitiva mirada de sus agudas pupilas tras el claro cristal de sus gafas, se adivinaba el sereno juicio y la fina percepción del hombre señero que empezaba a madurar en él. Acudía allí, incipiente y avispado, donde se reunían hombres de letras. Entonces Badajoz contaba con una brillante pléyade de ellos: López Prudencio, Conde Rivallo, Antonio Teixeira, Luis Bardaji, Manuel López Lagos, Enrique Segura Otaño. —afortunadamente presente aún en estas lides— y Antonio, jovenzuelo aún, «el espino que ha de nacer con punta nace», ya velaba sus primeras armas en las revistas y periódicos de aquella época, con gracia y agudeza, que sería «plenitud» después. La vida nos separó, como siempre pasa. Yo estudié en Sevilla, él en Salamanca. Pasaron años y años. No tantos como para enterrar afectos y recuerdos. Ya sabemos que ni los años de un siglo son más que unas breves gotas de agua en el océano de ese mar que es la gran clepsidra en la eternidad del Tiempo.

Un día estando yo en Cáceres, vino a Mérida invitado por el arqueólogo y entrañable amigo Pepe Sáenz de Buruaga, a dar una conferencia en el Liceo de esa ciudad para mí tan grata en el recuerdo. Versó la conferencia, si mal no recuerdo, sobre los «tesoros ocultos».

Miguel Canilleros, que ya tenía casa en Madrid, había conocido a Antonio a raíz de la publicación de su libro «García de Paredes». Frequentaba su tertulia del Café *Lyon*, junto a José María de Cossío y otros

eminentes hombres de letras. Con varios amigos de Cáceres fuimos a escuchar la conferencia. Yo había conocido siempre a Antonio por su doble apellido Rodríguez-Moñino. A mí me hablaban de Moñino, a secas, y este apellido a mí no me sonaba, así pues, después de muchos años de no verlo, yo no tenía ni idea del conferenciante al que iba a escuchar.

Barajaban el nombre de Moñino como persona destacada y gran relieve, y esperábamos los llegados de Cáceres que Moñino bajara, en el recibidor del Parador de Turismo. A mí para presentármelo, y ellos con la satisfacción de ser los amigos ya del personaje central del día. Esperábamos para irnos todos al Liceo, porque la hora de la conferencia se acercaba. Estábamos frente a la escalera por donde había de bajar para reunirse con nosotros.

Mi sorpresa no tuvo límites, cuando al reconocermé me dio un fuerte abrazo, ese abrazo que da la amistad labrada en la juventud, cuando se enfrenta con la madurez al paso de los años. Miguel Canilleros comentaba con los amigos y con su secretario: «¡Anda, pues si es Antonio el único que le habla de tú, Moñino a él y él a Moñino!».

Desde entonces volvió a reanudarse nuestra amistad de siempre, para no romperse jamás.

Siempre que he pasado por Madrid en mis breves temporadas he asistido puntualmente a su tertulia de tarde, notable tertulia del café *Lyón*, frente a la puerta de Alcalá, donde él con su gracia y sencillez propia de la sabiduría de buen cuño, ponía cátedra de un polifacético y elegante bien decir, en cosas, personas y materias.

Una tarde habló conmigo de la *matanza* extremeña, y era una delicia oírle hablar de esta cosa tan típica, tan suculenta, tan nuestra, en sus más mínimos pormenores y detalles. Como Donoso Cortés, era universal y provinciano, siempre preocupado por todo lo que se refiriese a Extremadura en los más múltiples aspectos.

Su recepción académica fue apoteósica. No he visto el salón de actos de la Real Academia de la Lengua, más lleno y más expectante que en el día solemne de su ingreso. Todo lleno, las gentes, y gentes de pro, estaban de pie en galerías y pasillos.

Una lección magistral. única, señera, impar, su disertación sobre «Poesía y Cancioneros del siglo XVI».

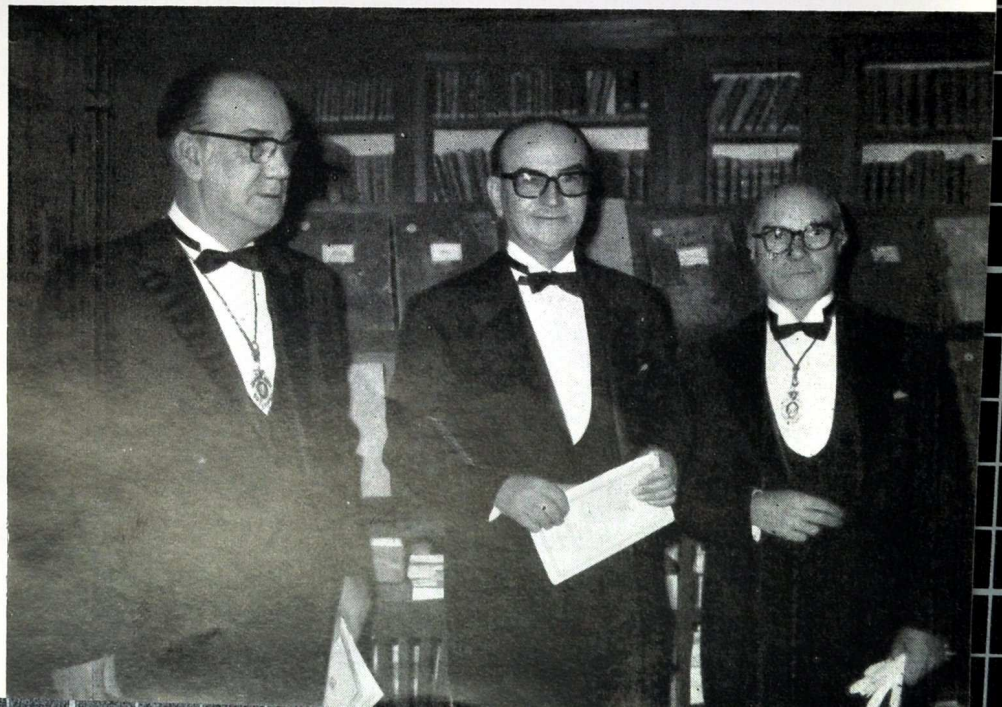
Al terminar, la gran ovación duró minutos. Tal vez haya sido una de las mayores que hayan escuchado los muros de la docta casa. Aguda e intencionadamente le contestó con garbo Camilo José Cela.

Pocos meses después presidía como representante de la Real Academia Española al II Congreso de Estudios Extremeños. Ante el brillo

«En la Hispanic Society of America - nos acaba de escribir desde Nueva York su presidente A. Hyatt Mayor, ilustre hispanista - recordamos los diez meses extraordinarios cuando don Antonio y doña María estaban aquí preparando su catálogo impecable de nuestros cancioneros. Semana tras semana se sentaban frente a frente en una mesa cerca de la ventana y aunque trabajaban con atención absoluta, siempre hallaban, como toda persona verdaderamente ocupada, unos minutos para trozos de conversación ingeniosa y amable. Estos días felices los recordamos como una época dorada de nuestra historia...»

La gigantesca labor de Rodríguez-Moñino en la investigación literaria le conquistó el aprecio y el respeto de las más eminentes personalidades a ambos lados del océano.

En la fotografía de abajo le vemos acompañado de dos ilustres académicos: Camilo José de Cela y Rafael Lapésa, bien conocido novelista de fama mundial el primero y Secretario de la Real Academia Española, el segundo.



perenne e inextinguible de los blasones claros del talento, al final del Congreso, reunidas las autoridades de las dos provincias hermanas, rindieron homenaje a sus indiscutibles méritos.

Fue un momento de verdadera emoción para Antonio Rodríguez-Moñino, para su ilustre mujer María Brey, y para todos, cuando al final del almuerzo, en el Hotel Zurbarán, se levantó para dar las gracias por el homenaje que se le había tributado.

Después... pocos meses después voló otra vez hacia América... Y pocos meses después volvía otra vez hacia la amada Patria, hacia la vieja España para morir en ella, como hijo amante que vuelve hacia la madre para entregar a ella el último suspiro.

Lección singular para la vanagloria de los hombres. Aún resonaban los aplausos y el esplendor de fama y de laureles volaban por los aires de nuestra Extremadura, cuando hoy ya se encienden luminarias de muerte y de dolor y crespones al viento enlutan el ambiente llorando su partida. Partida que la muerte señaló inexorable. cuando estaba el camino apenas abierto hacia la gloria. Pero ahí esta su obra que lo recordará siempre. Obra de sabio, obra fecunda de una vida tensa y tenaz, lanzada sin pereza y sin desmayo al estudio, como meta única de su afán.

Afán noble, al que dedicó toda su vida. Obra que le da el rango de ser en esta época uno de los valores más brillantes, consagrados y universales. Preclaro florón de Extremadura.

Antonio LOPEZ MARTINEZ

Mérida, Diciembre de 1970.

